

El hechicero de Karzói

El hechicero de Karzóin

Gonzalo Fengari



Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía del autor: Archivo del autor

© Gonzalo Fengari 2025

© Entre Libros Editorial LxL 2025

www.entrelibroseditorial.es

04240, Almería (España)

Primera edición: marzo 2025

Composición: Entre Libros Editorial

ISBN: 979-13-87621-26-1

Depósito legal: AL-4046-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

A quienes me han enseñado lecciones valiosas.

Pais de los elfos blancos

Yardala

KARZÓIN

ARUTÁIN

Reino de los elfos

VALLE DEL DRAGÓN

Región de los ríos

Laguna de los
sacudidos

ILÚMBASO

Reino de las hadas

Talamdra

El mundo mágico

La Terroca

Paso fronterizo del norte

LÚREGO

Reino de los elfos sureños

Resque de la Sapiencia

EREMAKI

Estepas de los humanos

Belódor

Prólogo

Mientras miraba las estrellas, Martal trató de recordar la última vez que había logrado dormir una noche entera. Aquella, como tantas otras, el elfo estuvo en vela a la espera de noticias. Deambulaba por la terraza del palacio con el corazón encogido, pensando en cuántos habrían muerto ese día. Al pasarse una mano distraídamente por la cara, sus dedos acariciaron la cicatriz que le surcaba el rostro desde la mejilla hasta el puente de la nariz. Era la marca de que el peligro seguía latiendo fuera.

Un ruido a su espalda lo hizo agarrar su báculo y girarse. Apuntó con él hacia la oscuridad y permaneció quieto. De repente, alguien emergió bajo la arcada con las manos en alto.

—Tranquilo. Soy yo.

—Lo siento, Sibelion —añadió Martal, bajando el báculo—. Cuéntame. ¿Qué ha ocurrido esta vez?

La luz de la luna reveló la expresión severa de Sibelion y arrancó un destello de su pelo rubio.

—Una escaramuza en la frontera norte, cerca de la fortaleza —informó el recién llegado—. La guardia dio la voz de alarma, salió al

encuentro del enemigo y cruzaron unos pocos hechizos. Los muy viles no tardaron en huir volando.

—¿Hemos sufrido bajas? —le preguntó Martal.

—No, pero tampoco ha habido bajas en las filas enemigas.

Martal suspiró y se apoyó en la barandilla de la terraza. No le preocupaba demasiado que la guardia no hubiese podido eliminar a los invasores. Lo importante era que ningún soldado había muerto, al menos esa vez.

—Volverán, Martal, y habrá más muertes. Tú lo sabes —le dijo Sibelion, quien pareció leerle el pensamiento.

—Es posible, pero todavía confío en que las cosas van a cambiar —le aseguró, y miró de nuevo a las estrellas—. En cuanto el Enviado haya cumplido su misión, estaremos más cerca de salvarnos.

Sibelion chasqueó la lengua.

—¿Quieres dejar de decir eso de una vez? —le espetó—. ¡No va a regresar! Todo el mundo lo sabe. ¿Por qué sigues empeñado?

—Sibelion, el Enviado es nuestra única esperanza...

—¡Lo será para ti! ¿Por qué tuviste que confiarle la misión a él? ¡No era más que... un borracho!

Martal se apartó de la barandilla y lo miró a los ojos.

—Aún me cuesta creer que seas capaz de hablar así de tu propio hijo.

El elfo rubio alzó una mano para zanjar el asunto.

—Escucha, lo único que digo es que hay que ser realistas, y que quizá va siendo hora de buscar nuevas soluciones. Pero tú tienes la última palabra... Para eso eres el jefe.

Entonces se despidió con una cabezada y se alejó por donde había venido.

Martal posó la vista en la ciudad, apenas iluminada por unos pocos faroles, y en el bosque que se extendía más allá de las mura-llas. No era más que una negrura uniforme en mitad de la noche; no obstante, lo tranquilizaba mirar en esa dirección. Llevaba años haciéndolo, esperando que algún día todo sucediera según su plan.

—¿*Buscar nuevas soluciones?* —repitió el elfo entre susurros—.
No... Debemos tener fe.

1

El refugio del mago

Marco Martín llevaba un rato sentado frente al pupitre, aunque las piernas le seguían temblando. Con la melena todavía revuelta, se giró para alcanzar la mochila, tratando de aparentar normalidad. Entonces sintió una punzada de dolor en las costillas, justo donde un rato atrás lo habían golpeado.

El zumbido de la campana indicó el final del recreo, y los alumnos fueron entrando en clase entre gritos y bromas. Uno de ellos era Leonardo García, un chico alto, grueso y con unos brazos como jamones. Tomó asiento junto a Marco mientras se ajustaba las gafas y ojeaba los apuntes que traía en la mano.

—Por fin me he enterado de cómo se resuelven estas ecuaciones —le dijo con los ojos pegados al papel—. ¡Un trimestre entero sin entender nada y ahora, en media hora de recreo, me lo explica todo la delegada! Justo a tiempo para el examen final.

Como Marco no contestaba, alzó la vista. Su expresión de entusiasmo desapareció.

—No me digas que ha vuelto a pasar...

Marco asintió mientras alcanzaba el libro de Historia y lo abría casi por el final. La fotografía de un señor con bigote espeso encabezaba la página.

—Tío, pero ¿por qué no te has venido conmigo en el recreo? —le preguntó Leo, agitando los apuntes—. No tendría que haberte dejado solo.

Marco meneó la cabeza y sonrió sin ganas.

—No te preocupes, de verdad.

Sin saber qué decir para consolarlo, Leo le dio unas palmadas en la espalda. Aquel gesto hizo que Marco, que era bastante menudo para su edad, casi terminase con la cara estampada contra el retrato del señor bigotudo.

Cuando ya estaban todos sentados, el profesor de Historia cruzó la puerta y la cerró tras de sí. Desvió la mirada hacia los pocos alumnos que aún seguían charlando y esperó a que parasen. Luego avanzó con su maletín hasta la mesa, sacó el viejo libro de texto y lo abrió intentando en vano que no crujiera. Aunque no pasaba de los cincuenta y pocos, Fernando Villalba parecía mayor debido a las arrugas de la cara, las canas en las sienes y su anticuada camisa beis.

—Junio ya, ¿eh? Qué poquito queda para que acabe el curso. Hoy veremos la unificación de Alemania y seguiremos hasta la Primera Guerra Mundial, si este calor anormal nos deja. Bueno, el calor y otras molestias. A ver, tú, ¿de qué te ríes? —inquirió, taladrando con los ojos a un alumno sentado al final del aula, quien le devolvió un gesto desafiante, con una sonrisa torcida, y se escondió en su chándal.

—Gálvez —lo llamó el profesor—. Si incordias otra vez, ya sabes lo que te espera.

El chico resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Te da igual? —le preguntó don Fernando, enarcando una ceja—. En fin, advertido quedas. Si molestas, te largas. —Miró a

todos con el ceño fruncido y dio por terminado su toque de atención con un carraspeo.

La clase continuó con normalidad, lo que supuso una buena distracción para Marco. Don Fernando parecía una persona seca, pero impartía sus lecciones con pasión, como si cada hecho histórico fuese un acontecimiento emocionante. Mientras hablaba, su mano apuñalaba la pizarra y anotaba apresuradamente nombres y fechas. Tal era el interés que despertaba que Marco y Leo asistían cada mes a su taller de historia. En él, los alumnos de diferentes cursos veían y comentaban películas ambientadas en otras épocas, organizaban debates o escenificaban momentos clave del pasado.

Para ambos, aquel taller era el equivalente educativo más cercano a su verdadera pasión: los juegos de rol. Jugaban casi todas las tardes desde hacía un par de años, excepto en época de exámenes, y solo porque Marco lograba convencer a Leo de que debían posponer las partidas.

Como era viernes, los estudiantes salieron en estampida tan pronto como sonó la campana que anunciaba el final de la jornada. Marco, sin embargo, no se movió de su asiento. Para él, aquel zumbido metálico se asemejaba a la campana que iniciaba un combate de boxeo. Era un sonido que había aprendido a temer.

Leo esperó mientras Marco se demoraba a posta en recoger sus libros. Solo cuando el instituto se hubo vaciado cargaron con sus mochilas y bajaron por la escalera que conducía a la entrada del edificio. Justo antes de salir, alguien los llamó a su espalda.

—Quietos ahí, los dos. —Era don Fernando. Además de su maletín, portaba bajo el brazo una chaqueta de *tweed*. Siempre la llevaba al instituto con él, incluso cuando el calor comenzaba a golpear—. ¿Qué hacéis aquí todavía? ¿Queréis pasaros el fin de semana encerrados en este sitio?

—Nos hemos entretenido charlando de... —empezó a decir Marco. Pero no se le ocurrió ninguna buena excusa con la que continuar.

—De las Olimpiadas, que empiezan el mes que viene. ¡Tengo un primo que va a Barcelona a verlas! —añadió Leo.

Don Fernando frunció los labios.

—No os tenía yo por aficionados al deporte —dijo, mirándolos fijamente—. Por cierto, vendréis al último taller de historia del curso, ¿no? Os tengo preparada una sorpresa.

—¿En serio? —le preguntó Leo—. Mola. ¿Qué es?

—Una sorpresa —repitió don Fernando, encantado con su propio hermetismo—. Venga, estudiad mucho, que tenéis los exámenes finales a la vuelta de la esquina. Entre ellos, el mío. —Y, al decir esto, se despidió con un gesto de mano y se alejó por el pasillo.

Marco tuvo la impresión de que el profesor no se había tragado nada de lo que le habían contado, aunque quizá solo eran suposiciones.

—¿Te imaginas que nos pasamos el fin de semana estudiando? —soltó Leo mientras caminaban hacia la salida.

—Pues yo pensaba hacerlo... —le contestó Marco.

—Venga, hombre. ¿No quieres quedar para echar una partida el sábado? Todavía tenemos que darle una paliza al nigromante.

—¡Pero si me dijiste que ese juego te aburría! Con tal de no estudiar buscas cualquier excusa, ¿eh? —Rio.

—¿Qué excusas? ¡Si te organizas bien, hay tiempo para todo en esta vida!

Cuando cruzaron la puerta principal y salieron a la calle, Gálvez y tres chicos más arrojaron las mochilas a la acera y los arrinconaron. Los que acompañaban al matón eran más jóvenes, pero el hecho de que superasen a Marco y a Leo en número era motivo suficiente como para preocuparse.

—Ya pensábamos que no ibais a salir —dijo Gálvez con socarronería—. Os hemos visto por la ventana hablando con Villalba. Qué bien os lleváis con él. Ni que fuera vuestro padre.

—Soltó una risita, y los otros rieron con él—. Aunque a ti no te importaría eso, ¿no, Marquito? Así tendrías un sustituto.

—Cállate, Gálvez. —La respuesta de Marco fue poco más que un murmullo, pero a él le pareció un gesto valiente, casi temerario.

—¿Qué has dicho, subnormal? —Gálvez se acercó tanto a Marco que podría haberle contado las pecas de la cara.

—Tú no sabes nada de mi padre, así que cállate o...

—O qué, ¿eh? —El matón agarró a Marco de la camiseta, y sus amigos silbaron y aplaudieron—. Hoy en el recreo te pegamos flojito porque te portaste bien, pero como ahora estás contestón, voy a tener que arrancarte la cabeza.

Marco notó que las piernas le volvían a temblar. Gálvez levantó el puño y lo lanzó directo hacia su nariz, pero en el trayecto se topó con las manazas de Leo. El muchacho aprovechó que lo tenía agarrado y apartó a Gálvez de un empujón. El matón retrocedió, trastabilló y le lanzó una mirada de odio.

—¡¿Tú qué haces, gordo de mierda?! Siempre que estás con él, tienes que meterte. ¡Deja que se defienda solo!

Los tres chicos que acompañaban a Gálvez dieron un paso al frente y se colocaron a su lado. Uno se crujió los dedos para intentar —sin mucho éxito— dar la impresión de que era peligroso.

Sin apartar la vista de ellos, Leo se quitó las gafas y se las dio a Marco. Entretanto, Gálvez tanteaba a su oponente. Era grande para su edad y, aunque no estaba en forma, tenía una fuerza física excepcional. El matón ya se había peleado antes con él, pero nunca había podido herirlo. Por eso, cuando finalmente le lanzó el puño a la cara, Leonardo lo interceptó sin esfuerzo. Justo en ese instante, el chico se giró hacia Marco.

—¡Vete!

Marco se alejó de un salto y se precipitó calle abajo. Corrió durante varios minutos sin mirar atrás, notando cómo los latidos del corazón le martilleaban las sienes. Cuando sintió que estaba

a salvo, se desplomó sobre la acera y resopló. Había llegado a una zona residencial, cerca de donde vivían los dos.

Estaba exhausto, pero, sobre todo, harto. Harto de aquella situación. Mientras esperaba a Leo, se imaginó a sí mismo blandiendo una espada o una varita mágica, como las que tenían los personajes de sus juegos de rol favoritos.

«Si fuese un guerrero o tuviese poderes mágicos, nadie se atrevería conmigo —pensó—. Ah, pero ¿qué estoy diciendo? ¡Ten los pies en la tierra, idiota!».

Apenas cinco minutos más tarde, su mejor amigo apareció al final de la calle y Marco corrió hasta él.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

—¿Esos? ¿A mí? —Leo resopló, engreído—. Me los he quitado de encima sin tener que hacerles nada. ¡Son unos *pringaos*! —Le cogió las gafas a Marco, limpió los cristales y se las puso—. Pero como consejo: deberías pasar de ellos y no entrar al trapo, sobre todo cuando hablen de tu padre —añadió, más serio.

—Ya, lo sé. —Marco tragó saliva—. Es que me cabreo tanto cuando sacan el tema... En realidad, es culpa mía. No debería haber contado lo de que nos abandonó.

—Pero ¿por qué te sigue afectando tanto? Tu padre se largó hace años. A tu madre y a ti os va bien, ¿no? ¡Pues ya está!

—Leo, no es tan fácil, sobre todo si me lo van recordando todo el rato. A ti, por ejemplo, nunca te han sacado lo de tu madre.

Leonardo torció el gesto.

—Tío, no compares. Mi madre tenía cáncer —murmuró—. Hay que ser muy bestia para sacar una cosa así, ¿no crees tú?

Marco palideció. Había metido la pata hasta el fondo.

—Perdona. He dicho una tontería enorme.

Lejos de ofenderse, Leo sonrió.

—No hay nada que perdonar. ¡Ya se me ha olvidado!

Marco se despidió de Leo en el cruce que separaba su barrio del de su amigo y llegó a casa. Cruzó la verja del jardín, entró y dejó la mochila en un rincón. El olor a estofado le indicó que el almuerzo estaba listo.

—¿Mamá?

Nadie contestó.

Entonces decidió servirse él mismo de la olla. Comió hasta que no pudo más. Cuando terminó, su madre apareció por la puerta del comedor.

—¿Qué tal ha ido el día? —le preguntó mientras se colocaba unos pendientes delante del espejo.

—Genial —mintió Marco—. ¿Por qué vas tan arreglada a la consulta? —añadió, señalando su vestido.

La madre de Marco, que era psicóloga, solía ir al trabajo vestida con jerséis anchos y largos.

—Tengo una cita después, por la noche. ¿No te lo había dicho? —dijo mientras corría hacia el cuarto de baño.

—Ah, sí... Es verdad.

Marco siempre se llevaba bien con los novios de su madre, pero le parecía que todos cumplían más bien el papel de hermano mayor que el de futuro padrastro.

Su madre volvió al comedor y puso los brazos en jarra.

—¡No me mires así! Una tiene derecho a divertirse un viernes, ¿no? —Los tacones golpearon el suelo cuando se acercó a él—. No te pases toda la tarde estudiando. Recuerda que también es importante descansar, ¿vale?

—Vaaale.

Su madre le plantó un beso en la frente, salió por la puerta principal y cerró tras de sí.

Marco agarró la mochila y se encerró en su cuarto. Sacó los libros de texto, dispuesto a memorizar unas cuantas fórmulas, pero en

su cabeza no podía dejar de pensar en lo que le había ocurrido esa mañana en el instituto. Los golpes, los insultos... Aunque lo más doloroso era la sensación constante de impotencia. Si ni siquiera podía defenderse, ¿cómo iba a ponerle fin a todo eso?

Poco a poco, aquellos pensamientos lo fueron arrastrando a la parte más oscura de su mente. Cuando cayó en la cuenta de mirar el reloj, se percató de que había estado casi una hora dándole vueltas al asunto.

«En fin, será mejor que no me maree más con esto», se dijo, resignado.

Abrió el libro de Matemáticas, respiró hondo y se mentalizó para pasar una tarde aburridísima. Pero entonces...

—¡Argh! —exclamó, fastidiado. Corrió a por el teléfono, que había empezado a sonar, y lo descolgó—. ¿Quién es?

—¡Derramaré la sangre de quienes intenten arrebatarme el trono! —graznó una voz al otro lado.

Marco suspiró.

—Leo, no tiene gracia. Tengo que estudiar, ¿sabes?

—¡Calla y escucha! ¡Me ha pasado una cosa rarísima! Acabo de estar en una tienda y el...

—Pero ¿no ibas a estudiar Matemáticas? —lo cortó Marco.

—¡Hay tiempo para todo en esta vida! —soltó su amigo—. Tío, en serio. Aquella tienda era muy tétrica, y dentro he visto algo que no sé ni si era humano. —Marco escuchó con atención—. O sea, creo que era una persona, pero me lanzó como un rayo de luz... ¡Y entonces desapareció haciendo unos ruidos muy raros!

—Pero ¿quién era? —preguntó Marco, que no pudo evitar sentir curiosidad.

—¡No lo sé! ¡Vente y lo averiguamos!

Marco salió de casa lamentándose por desperdiciar la tarde de estudio, aunque en el fondo sabía que no la habría aprovechado demasiado. Su curiosidad aumentó cuando Leo y él se encontraron

en la encrucijada que separaba sus dos barrios. Excitado, Leonardo le repitió una y otra vez lo que ya le había contado por teléfono, aunque sin aclarar mucho más.

Caminaron deprisa por una avenida y, más adelante, se pararon ante la entrada de una urbanización, situada en un cerro inundado de árboles. Marco, que había tratado de seguirle el ritmo a su amigo, estaba ya sin aliento. Apoyó las manos sobre las rodillas.

—¿Qué hacemos aquí? La mitad de estas casas están abandonadas, ¿lo sabes? —jadeó, clavando la vista en los chalés que se ocultaban entre los cipreses.

—¡Sí, pero aquí está la tienda! ¡Venga! —le indicó su amigo, y subieron por la pendiente por la que se accedía a la urbanización.

—¿Y qué hacías tú por aquí?

Ahora caminaban por una calle oscura; las copas de los árboles eran tan densas que apenas dejaban pasar la luz del sol.

—Resulta que, cuando llegué a casa, mi padre no había tenido tiempo de cocinar nada, así que me propuso ir a comer fuera y nos fuimos en coche al mexicano que está a las afueras de la ciudad. Que, por cierto, me puse perdido de guacamole, pero bueno. —Al final de la calle, torcieron hacia la derecha—. Total, que al acabar la comida me dijo que tenía no sé qué negocio pendiente y que si no me importaba volverme andando. A mí me daba igual, porque me olí que habría quedado con alguna mujer, y yo me alegro por él, así que...

—Leo, ¿quieres ir al grano, por favor?

—¡Sí, si me dejas! —Continuaron recto por la siguiente calle, desierta y peor iluminada que la anterior—. Pues eso, me despidió de él y cruzo por aquí para no tener que rodear tooodo el cerro, que me habría llevado el triple de tiempo. Entro por una calle y veo una tienda que han montado en el garaje de una casa, con la puerta abierta de par en par. Me meto para curiosear y veo juegos de rol, cómics y cosas muy raras. ¡Una mina de oro! Pero no hay

nadie dentro. Total, que pregunto en voz alta y, al rato, sale una sombra tras una puerta. Entonces le hablo y, no sé cómo ni por qué... ¡Me dispara un chorro de luz azul! Le digo que qué hace y se mete en su casa pegando gritos. ¿Tú lo ves normal?

Marco le lanzó una mirada de decepción.

—Seguro que hay una explicación. Un loco con una linterna, por ejemplo —contestó. Después de haber escuchado la historia, Marco se arrepintió de haber dejado de estudiar, o de intentarlo, para acompañar a su amigo—. ¿Y has corrido hasta tu casa solo para llamarme por teléfono y volver aquí?

—¡Pues claro! ¿Qué iba a hacer si no? ¡Mira, allí está! —Señaló hacia el otro extremo de la calle. Los árboles crecían allí tan apiñados que casi parecía de noche.

Llegaron a una casa con jardín delantero, en el que la maleza se acumulaba por todas partes. A un lado estaba el garaje reconvertido en tienda, sobre el que había un rótulo que rezaba «El refugio del mago».

No había ni rastro del dueño.

—¿Qué? ¿Entramos? —preguntó Leo, haciendo un gesto con la cabeza.

—No sé, la verdad es que da mal rollo. ¿No te parece que...? ¡Oye, espérame! —Marco renqueó detrás de su amigo, que ya estaba cruzando el sendero del jardín.

Los estantes de la tienda ofrecían todo lo que Leo había descrito y más: juegos de mesa de diversas épocas, novelas antiguas y volúmenes sobre mitología, herbología y esoterismo. Una densa capa de polvo cubría cada objeto de la habitación, incluido el mostrador, situado delante de la puerta que comunicaba con el resto de la casa.

—Pero ¿qué quieres que hagamos aquí? —preguntó Marco, que acababa de ver una telaraña entre dos cálices oxidados—. Este sitio está asqueroso.

—¡Quiero saber quién o qué era lo que vi antes! —le explicó su amigo, y se dirigió a la puerta del fondo—. ¿Hola? ¿Hay alguien por aquí? ¡Soy el de antes! —añadió, alzando la voz.

Los jóvenes esperaron en silencio, pero no hubo respuesta.

—Vámonos ya, Leo.

—Espérate, hombre. ¿Tú has visto la cantidad de juegos que hay aquí? Y todos viejísimos. Me encantaría llevarme uno y echar contigo una partida —dijo su amigo mientras recorría la habitación con los ojos.

Los dos se dedicaron a inspeccionar las cajas de juegos de mesa. Aunque algunas estaban colocadas en estantes, otras formaban pilas que guardaban un equilibrio precario. Detrás de una de las pilas, Marco descubrió una vitrina con los cristales rotos, en cuyo interior había decenas de tarros, todos de color negro. Al principio, el chico pensó que contenían tierra, pero enseguida advirtió que estaban llenos de escarabajos. Solo unos pocos seguían vivos. Sin embargo, lo que vio a continuación hizo que se olvidara de la suciedad, del desorden y hasta de la propia tienda. Era un gran estuche de madera con forma de triángulo, colocado de pie sobre una repisa que parecía diseñada únicamente para tal fin. En la parte superior de la caja, sobre el dibujo de un árbol lleno de agujeros, había escrita una palabra.

«Talamdra».

Uno de los lados mostraba un letrero diminuto con una sola frase: «Tres personas a criterio de Martal junto con el Enviado».

No había nada más que aclarase su contenido.

—Leo, ¿has visto esto? —murmuró Marco, sin dejar de mirar el estuche.

Su amigo dejó un extraño juego de naipes donde lo encontró y se acercó.

—Talamdra —leyó Leo despacio—. No me suena. ¿Crees que es un juego de mesa? Tiene pinta de caro. Mira qué diseño.

—Puede ser. Aquí hay muchos juegos. Bueno, y bichos.

—Voy a llamar otra vez al dueño... —Leo ahuecó una mano alrededor de la boca a modo de altavoz.

—¡Espera, espera! —Marco señaló hacia el mostrador. Había un llamador de metal, tan lleno de polvo que costaba distinguirlo.

Marco tocó el interruptor —una campanilla de recepción de hotel— y luego se sacudió la mano en los pantalones. Esperaron unos segundos, pero no hubo ninguna reacción.

Leonardo bufó.

—Menudo dependiente. Ni siquiera cuida de su propia tien... ¡Eh, espera! ¡No hables! He oído algo.

—Pero ¡si no he dicho nada! —susurró Marco.

Los dos permanecieron quietos y aguzaron el oído. Oyeron un golpe sordo proveniente del otro lado de la puerta, seguido por un estruendo metálico. Después hubo un chasquido... Y la puerta por fin se abrió. Marco y Leo contuvieron el aliento.

Una figura menuda surgió en el umbral. La escasa luz del garaje reveló una nariz ganchuda, una barba desigual y un gorro que le cubría hasta las orejas. El resto del atuendo consistía básicamente en un albornoz y unas zapatillas deportivas. Mientras avanzaba hacia el mostrador, el anciano levantó una lata de cerveza a modo de saludo.

—Ah, buenos días... —dijo, y miró hacia el jardín que Marco y Leo tenían ahora a su espalda—. Quiero decir, buenas tardes. Me llamo López. Silvio López, para servirlos. ¿Qué os trae por mi tienda?

Los jóvenes intercambiaron una mirada perpleja que ni siquiera se molestaron en ocultar.

—Hola. Verá, nosotros... —empezó a decir Marco.

—Usted me estuvo espionando antes, ¿verdad? —intervino Leo—. Entré para echar un vistazo, pero usted estaba escondido y entonces me disparó un rayo de luz. ¿A qué vino eso?

El anciano se acarició la barba con dedos temblorosos.

—¡Ah! Eh... Aquí se ve bastante mal y, bueno, no sabía quién eras —contestó, llevándose la lata a la frente para refrescarse.

—¿Y no podría haber encendido una lámpara?

—Mire, no queremos causarle ninguna molestia —se apresuró a decir Marco en tono de disculpa—. De hecho, estamos interesados en un artículo suyo, ¿sabe? Es esa caja con forma de triángulo que tiene ahí. —Y señaló el dibujo del árbol agujereado.

Silvio abrió mucho los ojos, salió de detrás del mostrador y se interpuso entre los jóvenes y el estuche triangular. Marco y Leo dieron un paso atrás.

—¡Talamdra! ¿Qué queréis? ¿Os lo queréis llevar? —gritó, mientras agarraba la caja con ambas manos.

—Bueno, nos llamaba la atención, solo eso... —dijo Marco—. Pero si no está a la venta, no se preocupe. Ya nos vamos.

—¡No, esperad! ¡No os marchéis! —pidió el anciano.

Dejó la caja sobre el mostrador y metió la mano bajo su albornoz, a la altura del pecho. Acto seguido les mostró una cadena de plata que le colgaba del cuello. De ella pendía una gema azul con forma ovalada; parecía un zafiro, pero su interior brillaba con luz propia. Los muchachos se inclinaron sin querer, atraídos por su resplandor.

Silvio se colocó la gema en el ojo a modo de monóculo y arrugó el entrecejo para evitar que se le cayera. A través de ella, como si fuera un microscopio, examinó a los visitantes con absoluta concentración.

Entonces, la mandíbula se le desenchajó y comenzó a balbucear. Volvió a apretar la piedra preciosa contra su ojo y, de pronto, un rayo azul salió disparado del centro de la joya, directo hacia Marco. El chico dejó escapar un grito, pero en realidad no sintió nada; el haz de luz lo escaneó de arriba abajo, luego se deslizó sobre Leonardo y repitió la operación antes de desaparecer.

—¡Esto es lo que vi antes! ¡Esto era de lo que te hablaba! —le gritó Leo a su amigo, que estaba tieso como un palo.

Silvio, ignorando las reacciones de desconcierto, se quitó la joya azul del ojo y la guardó bajo la bata. Estaba conmocionado. Sin

saber muy bien qué hacer, se tiró del gorro hacia abajo y echó a caminar de un lado a otro.

—Ah... Ah... ¡Sois perfectos, chicos! —dijo con la voz quebrada. Cuando se giró hacia ellos, advirtió que le devolvían una mirada confusa, casi asustada—. Perfectos para esto, quiero decir —añadió, dando unos golpecitos al estuche triangular—. Talamdra es un juego de rol fantástico y está fabricado totalmente a mano. Es una, eh..., una edición única, ¿sabéis? No hay otro igual. ¡Tenéis que jugar a este juego!

Marco no entendía nada. ¿Perfectos para qué? ¿Para un juego de mesa? Eso no tenía sentido.

—Oiga, un momento —le dijo al anciano—. Díganos primero a qué venía ese truco de la luz y por qué somos per...

—¿Por cuánto nos lo deja? —soltó Leonardo.

Marco no daba crédito a lo que oía.

—¿Qué? Pero ¿qué dices, Leo?

—¿Por cuánto, muchacho? ¡Es totalmente gratis! —contestó el anciano con una gran sonrisa, ignorando a Marco. Leo se quedó boquiabierto—. Fabricado a mano, edición única y ni una peseta que gastar por tu parte. Como lo oyes.

—¿En serio? —Leo soltó una risa nerviosa—. Todo esto es demasiado bueno. ¿Dónde está la trampa? ¿No nos pide usted nada a cambio?

—¿De verdad eso es lo que más te preocupa ahora? —insistió Marco, intentando que su amigo entrase en razón—. Mire, eh..., Silvio. Díganos primero qué era el colgante en el ojo y el truco de la luz, ¡o nos olvidamos del juego!

Marco no consideró ni por un segundo que su advertencia fuese a servir de algo, pero al menos fue suficiente para que una sombra de pavor oscureciera la expresión del anciano.

—¡No, por favor! —rogó él—. Mirad, la única condición es que necesitaréis a un tercer jugador, ¿de acuerdo? Esto es para tres

personas. Ni una más ni una menos. Traed a quien consideréis más adecuado y yo mismo os enseñaré a jugar a esta maravilla. Seré como... vuestro guía, si os parece. ¡Y sí, os explicaré también qué era la luz azul! —añadió, viendo que Marco quería interrumpirlo.

—O sea, que si traemos a alguien más, usted nos explicará cómo va y nos lo llevaremos a casa —recapituló Leo—. ¿Tú qué dices, Marco?

Marco se encogió de hombros. Se le ocurrían varias preguntas más, pero ni su amigo parecía interesado en ellas ni el vendedor estaba dispuesto a responder a nada en ese momento.

—¡Volved con alguien más, por favor! Os aseguro que será una experiencia única en vuestra vida —insistió Silvio, esta vez con un tono muy distinto. Sonaba lastimero, casi desesperado—. En fin, espero que... salga bien —añadió para sí en un susurro.

Entonces se colocó el juego de mesa bajo el brazo, dio media vuelta y corrió hacia la puerta mientras se sorbía la nariz. Tras cruzar el umbral, les lanzó una última mirada y, sin siquiera despedirse, cerró con un portazo.

Los jóvenes se quedaron allí plantados con los ojos clavados en la puerta. Al otro lado se oyó un gemido ahogado, como el de un animal herido que regresaba al cobijo de su madriguera.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Marco.

—Que está muy solo, eso le pasa. O que está loco —supuso Leo. A Marco se le hizo un nudo en el estómago.

—O las dos cosas —dijo—. Será mejor que nos vayamos ya.

Salieron del garaje con cuidado de no derribar ninguna de las pilas de juegos. Atravesaron el jardín y echaron a andar deprisa por la calle oscura. Al principio, ninguno dijo nada sobre lo que acababa de ocurrir; solo después de bajar por la pendiente y dejar atrás aquel barrio solitario tuvieron ganas de volver a hablar.

—Bueno, ¿tú qué opinas? ¿Volvemos? —preguntó Leo.

—¿Qué dices? ¿Allí dentro? ¿No has visto cómo está ese pobre hombre?

—¿Y tú has visto ese pedazo de juego que nos podemos llevar por la cara? —le recordó con una sonrisa pícaro.

—¿Eso es lo único que te importa?

—Mira, él solo quiere enseñarnos a jugar y dárnoslo, ¿no? —Leo guardó silencio unos segundos y luego agregó—: Si tanto te importa él, deberíamos volver y darle esa alegría.

Marco sopesó las palabras de su amigo.

—Al principio me ha parecido raro, luego me ha dado miedo y, al final, no sé... Al final me ha dado lástima —pensó en voz alta mientras se acercaban al cruce—. Bueno, venga, haremos lo que tú dices —decidió ante la mirada suplicante de su amigo—. Pero nos hace falta una tercera persona para jugar a Talamdra, ¿no? ¡Ha insistido mucho en eso!

Leonardo se quitó las gafas y mordió una de las patillas. Obviamente, creía que ese gesto le hacía parecer interesante.

—Tranqui, encontraremos a alguien.

2

El tercer jugador

Marco estuvo doblemente preocupado hasta el final del curso. La primera preocupación, la más grande desde hacía meses, era que Gálvez y los otros matones seguían acosándolo; la segunda, que esa misma preocupación le impedía concentrarse en los exámenes finales. Por eso, los recreos de las últimas semanas los pasó en la biblioteca, con los libros de texto por delante y a salvo de posibles encontronazos.

Esa rutina asfixiante, cargada de exámenes que se sucedían como una tormenta que no terminaba de disiparse, lo mantuvo tan ocupado que casi se olvidó de Silvio y de Talamdra. No obstante, el recuerdo de aquel encuentro volvió a su cabeza el último día de instituto, sin sospechar que aquello estaba a punto de trastocar su vida por completo.

Esa misma tarde, Leo y él acudieron a la última sesión del taller de historia de don Fernando. Como la asistencia no era obligatoria, el profesor se encontró apenas con una decena de alumnos cuando llegó al aula.

—Qué prisas tienen algunos por saborear el verano —gruñó mientras dejaba su chaqueta de *tweed* sobre el respaldo de su asiento—. Bueno, ellos se lo pierden, porque hoy vamos a hablar de asedios en el medievo.

Don Fernando pasó varios minutos hablando, en primer lugar, de catapultas, fundíbulos y arietes. Después, su charla derivó hacia el uso de arcos y espadas; sin imágenes en las que apoyarse, describía cada arma con precisión y entusiasmo. Pero, poco antes de que terminase la sesión y dispuesto a impresionar a su público, se acercó a su maletín.

—Aquí tenéis la sorpresa que quería mostraros —dijo, sosteniendo una daga que centelleó bajo la luz de los fluorescentes. Una exclamación recorrió el aula—. Tiene la punta roma, pero no podéis tocarla, lo siento. ¡Bastante he hecho ya trayéndola hoy aquí!

—¿De qué época es? —preguntó un chico, boquiabierto.

—Alta Edad Media. La encontré en unas ruinas abandonadas —replicó el profesor ante la mirada atónita de los estudiantes. Entonces la hizo girar sobre la mano y se echó a reír—. Obviamente estoy de broma. ¡Es una mera reproducción! Bien, ahora os explicaré por qué a la daga se la consideraba un arma complementaria a la espada.

Lo más llamativo no fue la explicación en sí, sino el hecho de que don Fernando revelase que él mismo había tomado clases de esgrima durante algunos años. Y era llamativo por dos motivos: primero, porque la imagen del profesor peleando con una espada era insólita; segundo, porque don Fernando casi nunca hablaba de su vida privada.

Una vez hubo terminado el taller, varios alumnos lo rodearon para convencerlo de que los dejase sostener la daga. Entretanto, Leo se volvió hacia Marco.

—Bueno, se acabó el curso. No más ataduras —le dijo distraídamamente en mitad del barullo que se había formado.

Marco asintió.

—¿Quieres que veamos una peli esta tarde?

—Yo había pensado en hacer algo más... especial —señaló Leo con un brillo en la mirada.

—¿De qué hablas?

—¡El juego de rol! Hay que hacerse con él. ¿Ya no te acordabas?

—Eh... ¡Claro que sí! —mintió Marco—. Pero ¿no era para tres jugadores?

—Exacto. Aquí será donde consigamos al tercero —aseguró su amigo, y echó un vistazo al aula. Los estudiantes que aún quedaban acribillaban a don Fernando a preguntas—. Míralos bien, tío —le dijo a Marco, rodeándole el cuello con su enorme brazo—. Estamos en una sala con gente tan rarita como nosotros, que en lugar de irse a la piscina prefiere pasar calor aquí dentro y hablar de la Edad Media. ¿No te parece el sitio perfecto para encontrar al tercer jugador?

Marco paseó la mirada por entre los presentes. Lo cierto era que la idea tenía su lógica.

—Si llevamos a uno de ellos a la tienda, tendremos el juego gratis —dijo.

—Y podremos echar partidas tooodo el verano —añadió Leo—. Así que, venga, ¡vamos a por ellos!

Los dos abordaron a los compañeros con los que tenían alguna confianza. Sin embargo, pronto se dieron cuenta de que ninguno mostraba interés en la propuesta. Un chico se quejó de que la tienda estaba demasiado lejos de su casa; otro, que los juegos de mesa le aburrían mucho, y una compañera dijo que aquel asunto le parecía bastante turbio.

A Marco y a Leo se le desinflaron los ánimos. A falta de cualquier otra idea, pensaron que lo mejor sería intentarlo en otra ocasión. Pero ¿cuándo? ¿Y a quién iban a preguntarle?

Los alumnos dijeron adiós a don Fernando y salieron mientras se deseaban unas felices vacaciones. Marco y Leo fueron a despe-

dirse de su profesor, que ya se había colocado la chaqueta sobre el antebrazo.

—Espero que paséis un buen verano, sobre todo sabiendo que habéis aprobado los exámenes... Con mayor o menor suerte, claro —dijo, lanzándole una mirada acusadora a Leo—. ¿A qué pensáis dedicar las vacaciones? Un momento, no me lo digáis. Vais a leer tebeos, ¿verdad?

—Y a jugar a juegos de mesa —añadió Marco, sabiendo que ahora eran una prioridad para su amigo.

—Sí, de hecho, un vendedor va a darnos uno totalmente gratis —presumió Leo.

—¿Gratis? Tendrá algún desperfecto y por eso no podrá venderlo —vaticinó don Fernando distraídamente mientras agarraba su maletín.

—Qué va. Es una edición única, está hecho a mano y viene en un estuche de madera con relieves y todo —dijo Marco.

—¿Y decís que un vendedor os lo va a regalar? —Don Fernando levantó la vista y sonrió con escepticismo—. ¿Es parte de alguna promoción? ¿O es que tenéis que hacer algo a cambio?

—Bueno, el hombre insistió en que teníamos que volver a su tienda con un amigo más. Por lo visto, el juego es para tres personas, así que querrá asegurarse de que se lo regala a chavales que lo disfruten de verdad —supuso Marco.

Don Fernando arrugó la frente.

—¿Y dónde queda esa tienda? —preguntó.

—En el cerro que está al final del pueblo, ese que está lleno de árboles —informó Leo—. ¿Sabe cuál es?

—Desde luego. En su día fue un suburbio de gente adinerada, pero ahora está medio vacío y no es muy seguro. No sabía que allí hubiese tiendas —dijo el hombre con recelo.

—En realidad no las hay. Solo esa, y está..., bueno, montada dentro de un garaje —añadió Marco. Mientras lo explicaba, pensó

en la compañera que había mencionado lo turbio que le parecía todo aquello. Ahora, don Fernando los advertía de que aquel era un barrio que no debían pisar. El joven empezó a plantearse si debía disuadir a su amigo y olvidarse del tema, pero Leo tenía otros planes.

—No sé, a mí me da igual todo eso. Marco y yo vamos a volver —decidió él por su cuenta—. ¡Nos van a dar un pedazo de juego por la cara!

—García, no te puedes volver loco solo porque alguien te susurre la palabra «gratis» al oído —aconsejó el profesor—. Llevad a alguien con vosotros. Y nada de amigos. Me refiero a un adulto.

Marco detectó un ligero cambio en el rostro de Leo. Era el tipo de expresión que solía mostrar cuando se proponía llevar algo a cabo.

—Ya, bueno... Nuestros padres no pueden porque están muy ocupados. No podemos contar con nadie mayor —dijo Leonardo.

—Entonces es mejor que no vayáis.

—Usted no lo entiende, profesor. Es una edición única, seguramente muy cara. ¡Y va de sucesos medievales por Europa! Guerras, tratados, conquistas... ¿No cree que estaría bien, siendo además un juego de historia? —insistió Leo.

Marco intentó que su cara de sorpresa se notase lo menos posible.

El profesor guardó silencio durante unos segundos.

—Conque de historia, ¿eh? —preguntó, alzando una ceja. Leo asintió con firmeza, pero Marco prefirió mirarse los pies en ese momento—. Mirad, puedo acompañaros yo si queréis. No os vendría mal un adulto responsable.

—¿De verdad? No le queremos molestar, en serio —dijo Leo, fingiendo cortesía para enmascarar su euforia.

El profesor meneó la cabeza.

—No os preocupéis. En realidad, tengo curiosidad por ver ese juego —reconoció, volviéndose ahora hacia Marco. El chico a duras penas le sostuvo la mirada—. Si os parece, nos vemos este viernes a

las seis de la tarde. Quedamos en la entrada del instituto, ¿de acuerdo? —Y, sin esperar respuesta, se alejó cargando con su maletín y su chaqueta—. ¡Más os vale que el paseo valga la pena! —añadió mientras franqueaba la puerta del aula y se perdía por el pasillo.

—Leo, ¿cómo se te ha ocurrido hacer esto? —Por precaución, los dos amigos habían permanecido en silencio mientras estuvieron en el instituto. Sin embargo, ya de camino a casa, Marco estalló.

—¿Hacer el qué?

—¿Cómo que *el qué*? ¿Por qué le has soltado esa trola?

—Venga, hombre. Tampoco es para tanto —Leo le dio una palmada en la espalda. Pero Marco, lejos de relajarse, siguió mirándolo con gesto indignado—. ¡Vaaale, perdona! Sé que no ha estado bien...

—¿Qué va a pensar de nosotros cuando compruebe que le hemos mentido? —se preocupó Marco.

—¿Cómo? —Leo rio maliciosamente—. ¡A ti no te molesta mentirle, sino que descubra la mentira!

—Bueno, eh, a ver...

—Pues la mentira la va a descubrir igual, así que de nada sirve preocuparse —dijo Leo, ajustándose las gafas—. Mejor pensemos en el verano que nos espera con todas las asignaturas aprobadas y un juego nuevo.

Marco seguía molesto, pero la perspectiva que planteaba su amigo era innegablemente atractiva.

—Pues habrá que agradecérselo a él.

—¡Si quieres lo invitamos a una partida este verano! —bromeó Leo.

—¿Te imaginas? —rio Marco—. Bastante raro es que quiera acompañarnos.

—¿Raro por qué?

—No sé, ¿no tiene otras cosas que hacer? —preguntó Marco—. Estar con su mujer, por ejemplo, o con sus hijos... ¿No tiene hijos?

—Ahora que lo dices, no tengo ni idea.

Unos minutos después, los dos se despidieron en la encrucijada que separaba sus barrios. Mientras Marco caminaba hacia casa, cayó en la cuenta de lo poco que conocían en realidad al profesor.

El viernes por la tarde, Marco y Leo llegaron juntos a la entrada del instituto. La mezcla de calor y calima, tan típica de finales de junio, hacía que la atmósfera fuera densa y asfixiante. Pero don Fernando, que ya se acercaba desde un extremo de la calle, caminaba con las manos en los bolsillos y su vieja chaqueta de *tweed* bajo el brazo.

—¿Qué? ¿Nos movemos o hacemos aquí la fotosíntesis? —comentó tan pronto los alcanzó.

—Profesor, ¿de verdad necesita ropa de abrigo en verano? —preguntó Leo.

—Luego he planeado dar un paseo nocturno y puede que refresque —repuso don Fernando, lacónico—. Vamos, llevadme a ese sitio. A ver qué se trae entre manos ese vendedor tan generoso.

Ninguno habló durante todo el camino; el calor de principios de verano los invitaba a ahorrarse la poca saliva que aún les quedaba. Más tarde, cuando subieron al cerro donde los árboles crecían amontonados, don Fernando frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de persona monta aquí una tienda? —masculló mientras echaba un vistazo a las casas del vecindario, muchas de ellas deshabitadas.

Marco miró de reojo a Leo y suspiró.

La sombra de los árboles creaba un refugio de frescor ante la calima, y el sol abrasador apenas lograba dibujar unos pocos parches de luz sobre el barrio. Pero el silencio era tan pesado que ninguno de los tres, ni siquiera Leo, se sentía especialmente cómodo. Era como si hubiesen invadido un territorio vetado a las personas.

Tras atravesar por varias calles, todas ellas igual de lúgubres, avistaron por fin la casa de Silvio. El jardín estaba todavía más descuidado que la última vez que lo pisaron.

—Es ahí, profesor —señaló Marco.

Don Fernando contestó con un gruñido.

Cuando llegaron, los jóvenes descubrieron que el garaje estaba cerrado. No obstante, el rótulo de «El refugio del mago» seguía colgado sobre el dintel.

—Vaya rollo. ¿Qué hacemos? —preguntó Leo desde la entrada al jardín.

—¿Qué ocurre? —quiso saber don Fernando.

—La tienda está en ese garaje, pero no sabíamos que hoy estaría cerrada —explicó Marco.

Don Fernando resopló.

—Bueno, ¿y qué tal si llamamos? Aunque esté cerrada, seguro que puede atendernos. Y, sinceramente, preferiría no tener que venir otro día.

Marco accedió al jardín y recorrió el camino de piedra que llevaba hasta la puerta principal, seguido por su amigo y el profesor. Lo único parecido a un timbre que había a la vista era una campanita de la que colgaba un cordel. Marco tiró del cordel un par de veces y esperó. Tras unos segundos de silencio, hubo una reacción al otro lado. Primero un golpetazo, después un maullido estridente y, por último, una ruidosa tos.

El dependiente de la tienda seguía tosiendo cuando abrió la puerta, lo justo para que asomase su nariz ganchuda.

—¿Qui... quién es? ¿Qué quieres?

—Eh... ¿Silvio? Somos los de la última vez, ¿recuerda? Traemos al tercer jugador —dijo Marco, que reprimió el impulso de dar un paso atrás.

Ni bien hubo terminado la frase, el anciano abrió con brusquedad y salió al jardín, acompañado por una nube de polvo. Llevaba

aquel gorro de lana que le cubría las orejas, junto con su batín y las zapatillas deportivas.

—¡Marco Martín y Leonardo García! ¡Habéis hecho lo que os pedí! —exclamó con una sonrisa radiante—. Solo habrá que ver si los tres jugadores podéis compenetraros. Espero que sí.

Marco arqueó las cejas. «¿Cuándo le dijimos nuestros nombres?», trató de recordar. Entonces se volvió hacia Leo, que por desgracia no dio señales de haber captado nada extraño.

—Ah, pero ¿dónde están mis modales? —continuó el vendedor, atravesando el sendero del jardín. Se plantó delante del profesor y le tendió la mano—. Soy Silvio López. Encantado de conocerle. ¿Y usted es...?

—Fernando Villalba —se presentó don Fernando mientras se la estrechaba y la soltaba con rapidez; las uñas largas del anciano le provocaron aversión—. Soy profesor de estos dos muchachos, que me han hablado de ese juego. ¿De verdad lo está ofreciendo gratis?

—¡Gratis, sí, con las condiciones de que trajeran a una persona más y de que yo les enseñara cómo se juega! Pasad y lo veréis —los invitó Silvio con voz temblorosa.

Pero don Fernando no se movió un centímetro.

—O sea, que usted quería que estos dos *menores* trajeran a un amigo más a su casa, que no está precisamente en una zona concurrida. ¿Se da cuenta de cómo suena eso? Por cosas menos raras la gente ya está llamando a la policía.

—¡No, a la policía no! —Ante esa reacción, hasta Leo quedó perplejo—. Es decir... ¿Para qué molestarlos? ¡Seguro que no les hace gracia venir para nada, con lo ocupados que están!

—Entonces le parecerá bien que el tercer jugador sea yo, ¿no? Aunque sea un adulto —dijo el profesor con frialdad.

—Eh... ¡Por supuesto! —se apresuró a responder Silvio—. Si el juego es adecuado para los tres, no hay ningún problema.

Don Fernando se volvió a sus alumnos.

—¿Qué decís? ¿Entramos?

Marco miró a Silvio de arriba abajo.

—Bueno, yo...

—¡Claro que sí! El juego es gratis, ¿no? —soltó Leo con un brillo en los ojos—. ¡Venga, Marco! ¡Que luego te quejas de lo caro que sale comprarlos! —Dio un par de zancadas y entró en la casa sin pedir permiso. La escasa luz del sol apenas llegaba a iluminar el vano; el vestíbulo y el resto del interior estaban por completo a oscuras—. ¿Vamos o qué, Silvio? —insistió Leo.

—¡Sí, sí! ¡Sígueme, muchacho! ¡Seguidme todos! —indicó el vendedor, que giró sobre sus talones y lo acompañó hacia dentro.

Marco se quedó plantado en el jardín con cara de preocupación.

—Será mejor que no dejemos a tu amigo solo —le dijo don Fernando, señalando la puerta con la cabeza—. Habéis hecho bien en contarme esto, por cierto —agregó en voz baja antes de entrar en la casa.

Marco lo siguió de cerca y cerró tras de sí. La escasa luz de la calle se extinguió, pero al poco alguien encendió una lámpara y reveló el lugar en el que se encontraban. Era un pasillo estrecho en el que libros, cuadernos y papeles se acumulaban bajo el polvo y las telarañas. Marco avanzó, tratando de ignorar el olor a humedad que lo impregnaba todo, y aceleró el paso cuando distinguió una cola peluda agitándose tras un mamotreto.

Al final del pasillo, se encontró en una sala de estar con Silvio, Leo y don Fernando, todos de pie alrededor de una mesa. La ventana de la habitación, en medio de varias estanterías repletas de más libros y otros objetos, apenas dejaba pasar un poco de claridad.

—Disculpe, pero ¿no podría abrir ahí para que entre más luz? —pidió Marco, tratando de enfocar la vista.

—Lo siento. Eh... Tengo ftofobia —dijo Silvio sin mirarlo a los ojos.

—Bueno, ¿y el juego? Ahora nos explica las reglas y nos lo da, ¿no? —lo apremió Leo.

—¡Sí, enseguida!

Silvio se dio la vuelta y rebuscó en uno de los estantes. No tardó en sacar el estuche triangular de madera, colocado cuidadosamente entre unos tomos de astrología. Al dejarlo sobre la mesa, el dibujo del árbol agujereado y la palabra «Talamdra» centellaron bajo la luz mortecina de la sala.

Marco había olvidado lo peculiar que era la caja, y hasta don Fernando quedó fascinado al verla.

—¡Abridla, vamos! —les instó el vendedor—. Yo voy mientras a por unas cosillas... —Y salió del cuarto deprisa.

Leo se abalanzó sobre el estuche y trató de encontrar algo parecido a una cerradura, pero estaba tan ansioso que no fue capaz de dar con ella. Don Fernando le quitó el estuche de las manos a regañadientes.

—Trae. Déjame a mí.

Mientras Leo veía cómo el profesor intentaba abrirlo, Marco le echó un vistazo a la habitación. Había libros de esoterismo, folclore e Historia repartidos entre objetos tan variopintos como una radio, un teléfono antiguo o un desatascador de váter. El chico empezaba a preguntarse qué clase de vida tendría Silvio cuando reparó en el rayo de luz que atravesó la sala. El rayo, de color azul, alcanzó a don Fernando en la pierna justo cuando este encontró la cerradura del estuche. La luz reptó por su pecho, llegó a la cabeza y desapareció.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el profesor.

—¿Eh? —dijo Leo distraídamente. Tenía los ojos clavados en la diminuta inscripción del estuche: «Tres personas a criterio de Martal junto con el Enviado».

—¡Leo, la luz azul! —lo avisó Marco—. Ha sido... —Querría haber dicho «como la última vez», pero Silvio regresó a la habitación.

—¡Mirad lo que traigo! —gritó el vendedor con los brazos levantados. Llevaba en cada mano dos latas cubiertas de polvo—. ¡Por fin tengo a tres personas idóneas para este juego, y eso hay que celebrarlo!

Don Fernando no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Cerveza? Pero ¿usted en qué mundo vive? ¿En serio le va a ofrecer alcohol a unos niños?

—Marco y yo tenemos quince años, profesor —comentó Leo.

—Gracias, pero no queremos —rechazó Marco con tono áspero. Estaba seguro de que el anciano había usado esa extraña joya desde la oscuridad del pasillo, pero no tenía modo de demostrarlo.

—Bueno, me serviré entonces yo solo, con vuestro permiso —dijo Silvio, dejando tres latas sobre un estante. Abrió la cuarta sin quitarle el polvo a la boquilla y le dio un buen trago—. Ah, no está mal, aunque ni punto de comparación con el mergon recién hecho... Pero, ¡en fin, lo importante es que estáis aquí! ¡Los tres!

Marco se acercó a su amigo y le susurró al oído:

—Acaba de usar la lucecita azul con don Fernando, igual que hizo con nosotros. ¿No crees que deberíamos hacer algo?

—¡Espera a que nos dé el juego primero! —murmuró Leo—. Bueno, Silvio. ¿Nos explica ahora cómo va esto? —añadió en voz alta.

El anciano se limpió la barba con una manga y asintió.

—¡Por supuesto! Pero veo que aún no habéis abierto la caja. ¡Permitidme!

Silvio se colocó frente a la mesa, accionó un pestillo diminuto y levantó la tapa del estuche. Leo estiró el cuello hacia delante para no perder detalle. Y Marco y don Fernando, cuando vieron lo que contenía la caja, pensaron que haber visitado aquella tienda no había sido tan mala idea después de todo.

El anciano sacó una tablilla triangular, rematada en sus tres esquinas por asideros ornamentados. Estaba hecha de madera oscura, casi negra, salpicada de vetas plateadas que serpentea-

ban y se cruzaban a lo largo de la superficie. De alguna manera, las líneas brillaban con luz propia, a pesar de que el artefacto no parecía ser eléctrico.

—¿Qué os parece? —preguntó Silvio.

—Brutal —soltó Leonardo, con los ojos clavados en las vetas de plata.

—¿De verdad nos está dando el juego gratis? —preguntó Marco, pegando la cabeza a la de su amigo.

—Eh... Sí, claro. No tendréis que pagar ni una sola peseta —confirmó el anciano.

—Igual me pilla ya un poco mayor, pero ¿no hay fichas ni dados? ¿Cómo se juega a esto? —quiso saber don Fernando, que tampoco apartaba la vista del tablero.

—Es un juego muy singular; las reglas son algo, eh... enrevesadas —comentó Silvio—. Por eso insistí en que primero tendría que explicaros cómo funciona. Además, solo vale para tres personas. ¡Ni dos ni cuatro!

—¿Qué es un Martal, por cierto? Viene ahí escrito —preguntó Leo.

Silvio se pasó una mano temblorosa por la barba.

—Martal —repitió despacio, y su boca formó una media sonrisa—. Eso lo descubriréis en cuanto empecemos la partida. Bien, ¿estáis listos?

Marco asintió. En cuestión de un par de minutos, había pasado de querer volver a casa a desear tener un día entero solo para contemplar aquella tablilla maravillosa.

—Venga, veamos de qué va esto —decidió don Fernando.

El vendedor miró al profesor con satisfacción.

—Bien, ahora necesito que cada uno agarre un mango de la tablilla, ¿de acuerdo? Así, así. Colocaos alrededor de la mesa y sujetadla bien, por favor.

Mientras obedecían, Marco se preguntó por qué era necesario sujetar el tablero del juego de ese modo. ¿Sería alguna especie de ceremonia previa al inicio de una partida de rol? Tan pronto como rodeó el mango de madera con los dedos, sus ojos se cruzaron con los de don Fernando. En ese momento comprendió que no era el único en sentirse un poco ridículo, a pesar de que estaba dispuesto a dejarse sorprender. Leonardo, en cambio, aguardaba la siguiente instrucción con expresión emocionada.

—¡Perfecto, perfecto! —exclamó Silvio, aplaudiendo—. ¡Ahora, alza la tablilla con firmeza!

Los tres jugadores la levantaron a medio metro de la superficie de la mesa. Marco, que era con diferencia el más bajo, esperó que no tuvieran que mantener esa postura demasiado rato. Pero el anciano, en lugar de explicar qué debían hacer a continuación, se apoyó sobre una estantería, temblando de pies a cabeza. Los demás creyeron que quizá se había mareado..., hasta que oyeron su risotada. No era solo un sonido de alegría, sino de alivio y de triunfo.

—El Enviado vuelve a casa. ¡Misión cumplida! —lo oyeron decir.

Marco sospechó que algo iba mal. Le ordenó a su mano que soltase la tablilla, pero los dedos no le respondieron. Apenas unos segundos de forcejeo le bastaron para entender que aquello no serviría de nada. El muchacho se volvió hacia Leo en busca de ayuda, pero su amigo tampoco era capaz de desasirse del mango de madera. Los dos se miraron, asustados.

Marco se giró entonces hacia don Fernando, que estaba gritándole a Silvio, y tuvo la impresión de estar viviendo una pesadilla. No porque su profesor tuviera el rostro desencajado o porque las venas de las sienes se le hubieran hinchado, sino porque, a pesar de tenerlo a su lado, no escuchó ninguno de sus gritos. Tampoco escuchó cómo las paredes temblaban ni cómo las estanterías arrojaban su contenido al suelo. Era como si los sonidos se hubieran

esfumado del mundo, engullidos por la fuerza sobrenatural que ahora sacudía la habitación.

Silvio, ignorando aquel caos, tenía la vista fija en la tablilla, cuyas vetas argentadas brillaban con fuerza. Los labios del anciano se movían deprisa; una y otra vez, pronunciaban un mantra que nadie podía oír. Don Fernando extendió su otra mano para agarrar al vendedor, pero este esquivó los dedos temblorosos del profesor y siguió con su cántico mudo, más y más rápido.

Medio minuto más tarde, la tablilla triangular liberó un chorro de luz plateada que inundó la habitación. Un estante cayó justo al lado de Leo y su contenido se desparramó sobre la mesa: varios platos rotos, un televisor y un desatascador de váter. Leonardo les gritó algo a su amigo y al profesor; sin embargo, ambos le dieron a entender que no habían escuchado una palabra.

Los tres se miraron en ese momento y comprendieron que tenían que escapar. Pero entonces la luz plateada se volvió blanca, tan intensa que resultó difícil mantener los ojos abiertos. El resplandor borró el suelo, las paredes y el techo, y apenas unos cuantos objetos permanecían todavía visibles a su alrededor.

¿Cómo iban a poder salir de allí?

Un golpe de suerte les dio algo de esperanza. Sin saber cómo, don Fernando consiguió liberarse del mango de la tablilla. En cuanto lo vieron, Marco y Leo lo intentaron de nuevo y, por fin, lograron soltar los mangos. El magnetismo de la tablilla se había interrumpido por alguna razón, como si ya no fuese necesario retener a sus tres prisioneros. Sin embargo, el triángulo de madera siguió donde estaba, muy por encima de la mesa. Flotando.

Marco, Leo y don Fernando pasaron por alto aquella anomalía, porque enseguida fueron a por Silvio; tenían que obligarlo a detener lo que estaba ocurriendo, fuera lo que fuese. Leonardo, que estaba más cerca del anciano, dio un salto y lo agarró por la bata. Pero el joven se quedó con la prenda en la mano mientras contemplaban

atónitos cómo el viejo se escurría y salía volando. Silvio se fundió con la luz blanca que lo cubría todo. Y desapareció.

Ni siquiera tuvieron tiempo de asimilar lo que acababa de suceder. Una fuerza misteriosa los empujó hacia el centro de la habitación. Justo cuando estuvieron a punto de golpearse contra la mesa, sus pies despegaron del suelo y sus cuerpos se elevaron. Horrorizados, trataron de aferrarse a cualquier cosa, pero fue inútil.

Ascendieron deprisa sin toparse con techo alguno, acompañados por la tablilla de Talamdra. Unos cuantos objetos la orbitaban, atrapados en aquel túnel de luz. Leonardo se hizo con el desatasgador, que pasó por delante de sus narices, e intentó hacer ventosa en alguna parte. Sin embargo, la habitación ya había dejado de existir; todo se había convertido en un gran vacío blanco.

Siguieron subiendo, girando alrededor del triángulo mágico, mientras unos destellos azul eléctrico les golpeaban las pupilas. Y lo último que vio Marco, antes de no ver nada más, fue a don Fernando abrazado a su chaqueta de *tweed*, desapareciendo bajo un relámpago.

3

Sibellion

Antes de abrir los ojos, Marco creyó oír el zumbido de un insecto que se alejaba. Entonces despegó los párpados. Se encontró a sí mismo tumbado en la hierba; arriba, las ramas de los árboles formaban un círculo por donde entraba la luz del sol.

El chico se incorporó, desconcertado, y un calambre le golpeó en las sienes. Se llevó las manos a la cabeza y permaneció sentado mientras el dolor fue cesando poco a poco. Luego miró a su alrededor.

Se encontraba solo en mitad de un claro.

La primera pregunta que se hizo fue cómo había llegado hasta allí. La segunda, tan inquietante como la primera, lo sacudió por dentro: si no había ni pizca de viento, ¿por qué los árboles se mecían hacia su dirección?

Marco se pellizcó el brazo para comprobar si estaba soñando. El dolor palpitante en la piel lo hizo sentirse como un idiota; enseguida lo invadió un torrente de angustia.

Tenía que hacer algo. Necesitaba ubicarse y, sobre todo, averiguar qué estaba pasando. Pero ¿adónde dirigirse? Justo enfrente, las ramas de los árboles, extendidas como enormes brazos, le cerraban

el paso. Miró hacia atrás, esperando encontrar alguna salida. En lugar de ello, vio a alguien en el suelo.

—¡Profesor!

Marco se levantó y corrió hacia el hombre, que estaba bocarriba. No tenía aspecto de estar herido; de hecho, parecía disfrutar de una buena siesta. El joven se arrodilló y lo zarandeó con cuidado. Don Fernando abrió los ojos despacio, y una expresión dolorida afloró en su semblante.

—¿Martín? —Miró hacia las copas de los árboles; los rayos de sol, que se filtraban entre las hojas, dibujaban manchas en el suelo—. ¿Dónde estamos?

—¡No lo sé! Estaba en el suelo, justo como usted... y me desperté. —Ahora que había recobrado el sentido y veía a don Fernando tan perdido como él, Marco empezó a asustarse de verdad—. A ver, estábamos con esa tablilla tan rara en casa de Silvio, pero luego...

—¡Silvio! Maldito viejo loco... ¡Esto es cosa suya! Pero ¿cómo...?

—No lo sé. No deberíamos habernos fiado de él —dijo Marco.

—Y yo no debería haber dejado que me convencierais para acompañaros —le espetó el profesor. Marco dejó caer los brazos—. En fin, olvidemos eso ahora. Tenemos que encontrar a García. Espero que ese pirado no le haya hecho... ¡Eh! ¿Y mi chaqueta?

Marco se giró y la encontró detrás del hombre.

—Aquí —dijo, alcanzándosela.

—Trae.

Don Fernando le sacudió la hojarasca y la dobló con cuidado, pero no se la puso. Fuera cual fuese el sitio en el que se hallaban ahora, el calor estival seguía siendo el mismo.

Ambos se incorporaron y estudiaron los alrededores. Don Fernando recorrió el claro de un extremo a otro y, tras unos arbustos, descubrió una senda accidentada que se abría paso entre los árboles. Era imposible adivinar hacia dónde conducía, pero, siendo el único camino a la vista, empezaron a explorar por ahí.

Marcharon despacio hacia el interior del bosque. Las raíces sobresalían de la tierra, algunas a la vista y otras ocultas entre hierbajos y montones de hojas caídas. De vez en cuando se oía el lejano gorjeo de un pájaro o el zumbido de algún abejorro, pero por lo general solo había silencio, un silencio tan pesado como incómodo.

Después de unos minutos siguiendo el camino, el bosque fue volviéndose menos denso y la claridad regresó. El sol acariciaba los matojos y dibujaba sombras aquí y allá; algunas de ellas, redondas como pares de ojos, parecían observar a los caminantes. Marco no tenía claro que aquello fuese solo producto de su imaginación, así que apretó el paso. El profesor, ajeno a esa visión, se limitaba a avanzar con gesto crispado.

Más allá de la espesura, los dos hallaron por fin una silueta familiar: Leonardo, con las gafas sobre la punta de la nariz, yacía bajo un fresno. Pero no estaba dormido. En cambio, charlaba animadamente con Silvio, que estaba de pie junto a él. El anciano, con una sonrisa radiante, llevaba bajo el brazo la tablilla triangular del supuesto juego de rol.

Marco corrió hacia Leo.

—¡Leo! ¿Estás bien?

—¡Marco! ¡Profesor! ¿Dónde habíais aterrizado? —Leo se levantó y echó un brazo sobre los hombros de su amigo. Marco reparó entonces en que había un desatascador de váter tirado en la hierba—. ¡Estoy bien! ¡No os preocupéis! Ha sido una sorpresa, pero, veréis, Silvio me ha contado que... ¡Eh, eh, profesor! Pero ¿qué hace?

Don Fernando había ido directo a por el anciano, a quien tenía ahora agarrado por la camisa. Silvio dejó caer la tablilla al suelo y, en un intento por deshacerse del profesor, lo agarró por las muñecas. Marco y Leo corrieron enseguida a separarlos.

—¡Oiga, que se lo va a cargar! ¡Deje que se explique! —chilló Leo mientras tiraba de don Fernando.

—¡Este... sinvergüenza... nos ha drogado de alguna forma y... nos ha traído aquí contra... nuestra voluntad! —jadeó el profesor, luchando también por deshacerse de los jóvenes—. ¡Alucinaciones! ¡Nos ha... provocado... alucinaciones! ¡Hay que llamar... a la... policía!

—Don Fernando... ¡Cálmese y escúchele! —insistió Leo.

La verdad era que Marco también quería escuchar lo que Silvio tuviera que decirles. Ahora que lo pensaba, lo vivido en aquel cuarto no le había parecido una alucinación en absoluto —aunque, hasta donde él sabía, jamás había sufrido ninguna—.

Los alumnos soltaron al profesor esperando que se tranquilizase. Y si bien este no volvió a abalanzarse sobre Silvio, ahora lo taladraba con los ojos.

—Venga, habla. ¿Adónde nos has traído y por qué? —le preguntó mientras alisaba su chaqueta como si acariciase a una criatura malherida.

Silvio había dejado de sonreír, pero permanecía sereno. Se ajustó el gorro de lana y carraspeó.

—Estáis aquí porque formáis parte del plan maestro de un sabio. No puedo revelaros mucho más por ahora, pero sabed que os encontráis en un lugar llamado Talamdra.

Marco quiso pedirle a Silvio que repitiera la última frase, pero se le había secado la garganta. Aquello lo había cogido por sorpresa. ¿Habían viajado a otro sitio? ¿Cómo?

—Pero ¿qué...? —empezó a decir don Fernando, con la cara roja.

—La tablilla no era ningún juego, sino una puerta a este sitio. ¡Esto es Talamdra! —dijo Leo, que zarandeó a Marco con entusiasmo. Pero Marco ni siquiera prestó atención a los vaivenes a los que lo sometió su amigo. Estaba estupefacto.

—García, ¿de qué narices estás hablando? —lo reprendió don Fernando—. ¡Esto no es más que un bosque corriente y moliente, y

este hombre —añadió, señalando a Silvio con el dedo— seguramente nos habrá drogado para poder secuestrarnos! «El plan maestro de un sabio», dice. ¿Sabéis cuántas sectas pregonan cosas así?

—A ver, es cierto que os he traído sin consultaros —reconoció Silvio—, ¡pero yo estoy totalmente en contra de las drogas!

Mientras oía a Silvio y a don Fernando discutir, Marco trató de analizar lo que había ocurrido hasta ese momento. Entendía que el profesor estuviese buscando una explicación razonable, pero sospechaba, muy a su pesar, que Silvio estaba diciendo la verdad.

—Oiga, profesor —lo llamó Marco—. Usted vio cómo la habitación desaparecía y nosotros, eh... salíamos volando, ¿no?

Don Fernando abrió mucho los ojos.

—Sí, pero ¿cómo...?

—Yo también lo recuerdo así —afirmó Leo.

Marco asintió y añadió:

—Los tres no podemos haber tenido la misma alucinación.

Don Fernando se quedó mirándolo, aunque no hizo ningún comentario.

Si no había sido una alucinación ni un sueño, si realmente habían volado hasta un bosque, ¿cómo había ocurrido todo eso? ¿Y por qué? Silvio habría preferido no añadir nada más por el momento, pero, viendo sus caras, entendió que necesitaban alguna aclaración.

—Veréis, sé que es difícil de asimilar, pero es cierto: ahora estáis en Talamdra —explicó el anciano—. ¿Y qué es Talamdra? Pues *mi* mundo, el mundo donde habitan los seres mágicos, tan reales como vosotros. De hecho, ¡yo soy uno de esos seres! Y para demostraros que no miento...

El anciano asió su gorro de lana y tiró de él hacia atrás. Además de un mechón de pelo canoso en la coronilla y unas cejas muy peludas, reveló dos orejas de tamaño considerable. Tenían forma de hojas de laurel, acabadas en punta.

—¿Veis? ¡Yo no soy humano! Soy un elfo.

Marco dio un paso atrás sin querer. ¿De verdad aquello estaba ocurriendo? Leo levantó el puño y chilló de entusiasmo.

—¡Yo ya lo sabía! Me lo contó justo antes de que vinierais —dijo con aire petulante.

Don Fernando cerró los ojos y se llevó los dedos al entrecejo, como si tratase de contener un dolor de cabeza que fuese en aumento.

—Bueno, si hemos venido a este sitio gracias a esa cosa triangular, ¿significa que podemos volver a casa si la tocamos? —preguntó Marco despacio, intentando encontrarle sentido a lo que estaba pasando.

El anciano se agachó a recoger el artefacto del suelo, donde lo había dejado caer cuando don Fernando se le echó encima.

—Ya no —contestó Silvio, acariciando la tablilla con los dedos—. Su inmenso poder permitió abrir una brecha entre Talamdra y vuestro mundo. Cuando yo atravesé esa brecha, hace ya mucho tiempo, consumí la mitad de su energía. Ahora, al volver aquí con vosotros, su capacidad mágica ha terminado de agotarse.

—Vaya, qué conveniente —masculló don Fernando.

—Y este bosque, ¿qué es? —quiso saber Leo. Los ojos le brillaban.

—¡Oh, claro! Hay tanto que debéis saber... —exclamó Silvio—. Esto, amigos míos, es el Bosque de la Sapiencia. Estamos apenas a unos kilómetros de la capital.

—¿De la capital de qué? —preguntó Marco.

—¡Del reino de Lúrego! Belódor es la capital, donde yo me críe —dijo el supuesto elfo, orgulloso—. Sin contar con las estepas que hay al oeste, este país es el más meridional de cuantos figuran en los mapas.

Los jóvenes echaron un vistazo a su alrededor. ¿De verdad habría un reino y una ciudad llena de elfos, como en los juegos de rol a los que tanto jugaban? Marco volvió a fijarse en las sombras que parecían espiarlos desde los arbustos. Estaba convencido de que una le había guiñado un ojo.

—Tendréis muchas preguntas ahora, ¿verdad? —continuó el anciano, guardándose el gorro de lana en un bolsillo de la bata—. ¡Acompañadme y os llevaré a Belódor! Allí os explicarán por qué estáis aquí.

Don Fernando puso los brazos en jarra y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Y por qué deberíamos seguirte? Después de arrastrarnos hasta aquí sin consultarnos, ¿crees que vamos a confiar en ti? —le espetó.

Pero Silvio, lejos de sentirse atacado, se encogió de hombros.

—Mirad, yo nací y me crié en esta región. Si queréis manteneros a salvo, lo mejor será que vengáis conmigo —dijo.

—¿A salvo de qué? —preguntó Marco.

El anciano rio, pero no contestó. Dio la espalda al grupo y, sin mirar atrás, comenzó a andar colina abajo.

Marco y Leo se miraron con inquietud. A lo lejos, en mitad del cielo escarlata, el sol empezaba a esconderse tras una cordillera. Marco nunca había visto esas montañas; de hecho, y hasta donde él sabía, no había montañas cerca de su casa. Debían de estar en un lugar muy remoto. Y para colmo, dentro de poco se haría de noche.

Sin intercambiar ni una sola palabra, los dos amigos llegaron a la misma conclusión. Leo se agachó y recogió el desatascador antes de seguir al anciano. Marco se dispuso a ir tras su amigo, pero entonces se volvió hacia don Fernando.

—Profesor, deberíamos ir con ellos —propuso el muchacho—. A lo mejor averiguamos lo que nos ha pasado y podemos salir de aquí.

Don Fernando echó un vistazo a su alrededor. Una brisa fría procedente del norte peinó las copas de los árboles, bañadas por la luz naranja del atardecer. Aunque no había nadie más cerca, el hombre tuvo la desagradable impresión de que algo los observaba desde la maleza.

—De acuerdo —dijo—, pero vayamos con cuidado.

El profesor y el alumno apretaron el paso y alcanzaron a Leo y a Silvio. Juntos atravesaron los límites del bosque y llegaron hasta un promontorio de roca. Estaba rodeado de árboles, como si el bosque que acababan de dejar atrás hubiese estirado uno de sus brazos para atrapar el macizo. Más adelante, tras un descenso del terreno, una planicie atravesada por muchos ríos se extendía a la sombra de las montañas. Marco contempló el paisaje con desazón porque, efectivamente, nada de lo que veía le resultaba familiar.

—¿Qué es todo esto? —murmuró para sí.

Silvio oyó la pregunta y se volvió hacia el joven.

—Ah, allí en el oeste está la región de los ríos. Un tanto siniestra de noche, la verdad.

—No hay signos de civilización —observó don Fernando.

—La civilización la veréis hacia el sur, justo detrás de esta roca enorme —aseguró Silvio con calma, a pesar de las caras de desconcierto de sus acompañantes—. ¡Y ahí es adonde vamos, a Belóдор!

—¿Y no podrías decirnos antes por qué? —probó Leo.

—No creo que sea buena idea —dijo Silvio—. A mí me eligieron para ir en vuestra búsqueda, pero no soy el más indicado para... —Calló de pronto. Se quedó quieto como una estatua, excepto por las orejas puntiagudas, que movía de forma espasmódica. Entonces dio un brinco y se puso a correr en círculos—. ¡Oh, no! ¡Viene alguien! Rápido, ¡escondeos entre los árboles! ¡Si otro elfo nos ve, pensará que estoy tratando con esteparios ilegalmente! ¡Hacedme caso, por favor!

Ninguno entendió lo que Silvio acababa de decir, pero a Marco lo alarmó el tono que había empleado. Si el anciano conocía aquel lugar y les estaba pidiendo que se escondieran, ¿no sería buena idea hacerle caso?

—¿Leo? —llamó Marco a su amigo.

—¡Te sigo! —respondió Leo, apuntando hacia los árboles con el desatascador. Los dos echaron a correr en esa dirección.

—¡Tú también, por favor! —oyeron gritar a Silvio.

Marco y Leo se giraron. Don Fernando se había quedado donde estaba, con los brazos cruzados.

—Si viene alguien que no quieres que veamos, por algo será. ¿Por qué no nos quedamos aquí y averiguamos qué estás tramando? —inquirió el hombre.

Silvio se llevó las manos a la cabeza y empezó a gritarle al profesor. Marco y Leo, en cambio, corrieron hacia los árboles que rodeaban el promontorio y se escondieron tras los troncos. Ni bien se habían agazapado, oyeron un ruido que los hizo guardar silencio.

Era un rumor proveniente del otro lado del macizo. Primero lo sintieron a través del aire, pero enseguida notaron que la tierra vibraba al compás. Apenas unos segundos más tarde descubrieron de qué se trataba: era una figura montada a caballo, aproximándose desde el extremo del promontorio. Cuando discernió a don Fernando y a Silvio juntos, el jinete dio un ligero tirón a las riendas y su montura se detuvo a una distancia prudencial.

Marco y Leo se asomaron lo justo para ver mejor. Era una mujer joven y menuda, vestida con una túnica que refulgía a la luz del ocaso. Por encima de su melena castaña asomaban dos grandes orejas acabadas en punta.

La amazona examinó con recelo a la pareja que tenía delante. Don Fernando apretó instintivamente su chaqueta contra el pecho. Silvio tenía los ojos como platos.

—No puede ser... —murmuró.

—¡Tú, viejo! ¡Bien sabes que prohibimos la entrada a los extranjeros! ¿Qué haces aquí con uno, a las mismas puertas de la capital? —inquirió la mujer con voz férrea—. Y tú, humano, vuelve a tus estepas ahora mismo o haré que te arresten. ¡Mi esposo es consejero del rey! —añadió, señalando a don Fernando con el dedo.

Pero el profesor no se dejó intimidar.

—¿Perdón? ¿Qué clase de pantomima es esta? Mira, ya que también estás metida en el ajo, ¡por lo menos ten la decencia de decirnos qué queréis de nosotros! —replicó, agitando la chaqueta—. Porque este de aquí, en vez de explicarnos nada, nos dice ahora que es un elfo. Y tú quién eres entonces, ¿eh? ¿El hada madrina?

El rostro de la mujer se contrajo en una mueca de cólera.

—¿Te atreves a comparar a una elfa con un hada? —bramó.

Con una rapidez asombrosa, introdujo la mano en una manga de su túnica y sacó una vara retorcida, similar a la rama de un arbusto. Apuntó con ella a don Fernando, directamente al pecho. Marco y Leo se miraron.

—¡Es inútil! ¡No te servirá de nada! —chilló el anciano.

Como respuesta, la mujer se volvió hacia Silvio, y del extremo de su vara salió disparado un rayo de luz blanca que lo alcanzó en el estómago. El anciano voló por los aires mientras la tablilla se le escurría de entre los dedos. Con un quejido, Silvio cayó de bruces sobre la hierba. Marco y Leo contuvieron las ganas de gritar.

Entretanto, don Fernando se había quedado paralizado. Su cerebro intentaba hallar una explicación lógica a lo que acababa de pasar; obviamente, no se le ocurría ninguna. Miró a Silvio, que gemía de dolor, y después a la mujer, que le devolvía una mirada iracunda.

—¡Alucinaciones, decía el profesor! Esto es real, tío. ¡Venga, salgamos de aquí! ¡Tenemos que ayudarlos! —murmuró Leo.

—¡Espera! ¿No será peor si ella nos ve? —repuso Marco.

Pero antes de que pudieran acordar qué hacer a continuación, Silvio se levantó. Se sacudió la hierba de la espalda y recogió la tablilla. Entonces, para sorpresa de todos, soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó la mujer, apuntándolo de nuevo con la vara—. ¡Si eres un hechicero profesional, que sepas que no me das miedo!

—Aún soy demasiado joven para ser tal cosa —dijo Silvio con una sonrisa misteriosa.

La amazona parecía confusa, pero también intrigada.

—¿Quién eres? —preguntó, bajando ligeramente la vara de madera.

Silvio agarró la tablilla triangular de Talamdra con ambas manos y la sostuvo en alto.

—¡Soy el Enviado! —anunció—. He cumplido mi misión, y ahora regreso a casa.

El profesor y los alumnos no entendían lo que estaba ocurriendo, pero lo que pasó a continuación los desconcertó ya del todo. Al escuchar la respuesta de Silvio, la mujer se llevó una mano a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Guardó la vara en la manga de su túnica y descabalgó deslizándose con torpeza por el costado del animal. El aire autoritario que había esgrimido hasta ese momento se esfumó de golpe.

—No puede ser... —dijo ella—. Sibelion, ¿eres tú?

Los ojos del anciano se humedecieron.

—Le dije que lo conseguiría —fue su respuesta.

Entonces, la mujer corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Hijo mío! —sollozó mientras lo estrechaba contra su pecho. Las mangas de su túnica envolvieron a Silvio como si fueran las alas de un murciélago gigante—. ¡Te he esperado tanto tiempo...! Pero aquí estás, mi precioso, aquí estás. Lo lograste.

Ambos permanecieron abrazados durante lo que pareció una eternidad. Marco ya no sabía qué pensar. Había tanto que necesitaba entender que le dolía la cabeza.

—¡Estás muy mayor! —le dijo la mujer al anciano, sosteniéndole la cara y acariciándole la barba—. Martal tenía razón. Ese mundo extraño se ha olvidado de la magia. ¡Y tú has sacrificado en él tu juventud!

Silvio se secó los ojos con el puño de la camisa y meneó la cabeza.

—Era un mal necesario, madre. Lo he hecho por el bien de todos nosotros —habló con la voz quebrada—. ¡Y padre pensó que yo no serviría! Tenía que demostrarle que se equivocaba.

—¿Y para eso era necesario consumir tu vida de esta forma? —replicó ella. Después miró a Silvio de arriba abajo y lo besó en la frente—. Al menos estás aquí de vuelta. ¿Me perdonas por haberte atacado?

Silvio hizo un gesto para quitarle importancia al asunto.

—Era normal que sospecharas. ¿Cómo podías saberlo? ¡Ahora lo importante es llevar a los humanos a Belóдор! —Entonces señaló al profesor con el dedo—. ¡Mira, este es uno de ellos! Se llama Fernando Villalba. Fernando, te presento a mi madre, Ednara.

El profesor les lanzó una mirada incrédula.

—Ya veo...

Ednara no supo qué responder. Se limitó a saludarlo con una cabezada y preguntó:

—Pero, Sibelion, ¿y los otros?

—¿Qué? ¡Ah, claro! —Silvio se volvió hacia el bosquecillo que rodeaba el promontorio—. ¡Marco, Leonardo! ¡Acercaos! No hay nada que temer.

Los pies de Marco no se movieron hasta que Leo avanzó. En cuanto salieron de entre los árboles, Leo se acercó a la mujer y se fijó en sus grandes orejas puntiagudas.

—Disculpa, pero ¿tú también eres un... o sea, una elfa? —le preguntó.

Ednara asintió, y miró con curiosidad las gafas de Leo. Después se fijó en el desatascador de váter que llevaba en la mano.

—Extrañas armas tenéis en vuestro mundo.

Leo la miró sin entender, pero Marco sonrió.

—Este es Leonardo García, y este es Marco Martín. A pesar de su juventud, son los humanos más capaces que he visto nunca, por

lo menos según esto —dijo Silvio, que sacó de debajo de la camisa aquella especie de zafiro que le pendía del cuello.

Ednara se inclinó y sostuvo la joya con los dedos.

—Menos mal que Martal te la dio. Quién sabe cuánto tiempo más habrías tardado en completar tu misión de no ser por él —dijo, y soltó un largo suspiro. Luego se volvió hacia los otros—. Gracias a los tres por aceptar nuestra invitación. ¡Que hayáis decidido embarcaros en una empresa tan peligrosa dice mucho de vuestra valentía!

A Marco se le erizó el vello de la nuca. ¿Qué acababa de decir?

—Mirad, no sé aún de qué va todo esto, ¡pero aquí nadie ha aceptado nada! —bramó don Fernando, incapaz de asimilar un sinsentido más—. Este señor nos hizo creer que íbamos a ver un juego y... no sé cómo... ¡Nos ha arrastrado aquí en contra de nuestra voluntad!

—¡Sibelion! ¿Es eso verdad? —preguntó la mujer.

—Bueno, veamos... —Por primera vez, el anciano parecía arrepentido de lo que había hecho—. En cierto modo, sí, pero... ¡es que no veía otra forma de hacerlo! Han sido casi diez años allí, madre. Diez tortuosos años sin saber cómo encontrar a los humanos idóneos. ¡Estaba desesperado!

Ednara le sujetó el brazo y asintió.

—Ha debido de ser muy duro, cariño, pero traerlos aquí de este modo no me parece la mejor de las ideas.

Marco empezó a inquietarse. Estaba de acuerdo con el profesor en que Silvio los había engañado, pero eso ya no le interesaba. En ese momento, su cabeza estaba rebosante de preguntas. Y necesitaba respuestas.

—¿Puedes contarnos por qué estamos en Tandra? —preguntó Marco, clavando los ojos en la mujer.

—Talamdra —lo corrigió cortésmente Leo, que también estaba deseando oír la respuesta.

Ednara consultó a Silvio con la mirada, pero el anciano le devolvió una mueca incómoda.

—Creo que será mejor llevaros ante el Consejo de los Justos ahora mismo. Ellos responderán largo y tendido a todas vuestras cuestiones —propuso ella en tono de disculpa.

Leo formó una línea fina con los labios.

—Madre mía, pero ¿por qué tanto secretismo? ¡Por lo menos decidnos qué hacemos aquí, en un sitio donde hay elfos de carne y hueso! —exclamó.

Ednara volvió a mirar a Silvio, ahora con insistencia, y el anciano asintió de mala gana. Entonces, la mujer dijo:

—Estáis aquí porque sois la última esperanza de este mundo.